

Clifford Geertz, *Conocimiento local: Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Bueno Aires, México: Paidós, 1994. 297 p.

Clifford Geertz es probablemente el antropólogo contemporáneo más original y creativo del mundo académico norteamericano. La amplitud y la penetración de su vivisión es sólo comparable con la de otro miembro vivo de esa disciplina: la británica Mary Douglas. Pero mientras Douglas revive y, de paso, enriquece y amplía la perspectiva sociológica, asociativa, “materialista”, de Emilio Durkheim, Geertz se aventura a explorar nuevos senderos más profundos a más altos (escoja usted) en la tarea de conocer las culturas humanas. Al paso que Douglas trata de “retratar” la estructura de otras culturas con la ayuda del contrapunto entre las categorías del pensamiento y las categorías de la experiencia social —superando así la tendencia anterior al análisis de las estructuras sociales— y dejando que “el otro” nos haga inteligible su propia experiencia, Geertz se esfuerza, en cambio, por “captar” y “apropiarse de” esas otras experiencias mediante un giro interpretativo que reconstruye la manera como “el otro” organiza su mundo significativo con la ayuda de diversos sistemas culturales—el lenguaje, el sentido común, la religión, la magia, el arte, el derecho, la política, el parentesco y otros tantos— representan complejas estructuras de significados dentro de las cuales nacen, viven y se reproducen los individuos y sus grupos. Esos sistemas culturales, por decirlo de otra manera, están compuestos de símbolos y sistemas de símbolos mediante los cuales los individuos y los grupos interactúan y se comunican reproduciendo así las estructuras sociales dentro de las cuales conviven. Esa es la marca registrada de la antropología que Geertz ha venido haciendo durante décadas. Ese es el género de antropología que él prefiere llamar de “interpretativa” y con el cual Geertz ilumina la involución agrícola en Indonesia, la experiencia religiosa islámica en Indonesia y Marruecos, la pelea de gallos en Bali, al arte del Quattrocento o el simbolismo del poder en la Inglaterra Isabelina, en la Java del siglo XIV y en el Marruecos del siglo XIX.

Geertz es insistente en advertir que emprende su tarea antropológica para explicar los fenómenos sociales no mediante su inserción en una constelación de causas y efectos sino en sus marcos locales de conocimiento. Sin ese conocimiento local, la descripción y la evaluación hermenéuticas de la experiencia cultural —“la comprensión de la comprensión”— sería inalcanzable. Pero la antropología de Geertz no se detiene en la descripción de esos sentidos originales y en su “traducción” cultural. Aspira asimismo a extraer algunas conclusiones que le permitan encontrar afinidades y diferencias con los otros pueblos.

La emancipación reciente de las ciencias sociales de los modelos físicos y naturalistas, y su corolario según el cual los hombres en sociedad no están sometidos a fuerzas sino a normas y a formas simbólicas, han dado origen a una proliferación de géneros aplicativos cuyo común denominador es la concepción lúdica y dramática de la vida social compuesta por convenciones aceptadas y

procedimientos apropiados: la analogía del juego (Goffman), la teoría ritual (Victor Turner), la teoría de la acción simbólica y, la más reciente, la analogía del texto. Al divorciarse esta pluralidad de géneros, de preceptos canónicamente establecidos (la separación entre teoría y datos; el análisis formal “objetivo”; la neutralidad valorativa, etc.), comienza a gestarse una nueva teoría social que “representará un cambio radical en nuestra concepción, no tanto de lo que es el conocimiento, sino de lo que queremos conocer” (p. 48).

Pero estas interpretaciones analógicas, una vez que trascienden el mundo sociológico del “nosotros” y se adentran en el antropológico de “ellos”, se enfrentan con el argumento de la doctrina del relativismo cultural que ha querido hacernos creer que no nos es posible capturar genuinamente las creaciones culturales de otros pueblos. De ahí el problema de la validez de toda “traducción” interpretativa. ¿Cómo, en otras palabras, interpretar lo extraño? Viendo, a través de su reconstrucción y con la ayuda de la teoría, lo que nos une y nos separa de ello.

Ese “ver a través de” o “por medio de” lo replantea Geertz en términos de lo que nos ocurre cuando la *Verstehen* no va acompañada con el *Einfühlen*. El verdadero trabajo antropológico será, pues, aquel que logre conjugar rítmica e imaginativamente la una con el otro; aquel que logre conjugar la “experiencia distante” con la “experiencia próxima” o, según Ryle, la “descripción superficial” con la “descripción densa”; aquel que no nos deje atrapados en la experiencia vernácula ni nos deje callados en la jerga académica; aquel, en fin, que consiga establecer una conexión de sentido entre los conceptos de experiencia distante con lo que el observador teóricamente ilustrado —parafraseando un concepto de Schutz— considera rasgos generales de la vida social.

En un libro anterior, la interpretación de las culturas, Geertz había acuñado el término de “descripción densa” para ese tipo de tarea antropológica mediante la cual el etnógrafo se va adentrando en los diversos niveles de las estructuras de significación. Allí Geertz concibe esa descripción como un proceso que desentraña estructuras de significación pero al mismo tiempo rechaza concebir esa tarea como un proceso de desciframiento. Pero ese rechazo explícito implica cierto grado de incoherencia para las aspiraciones etnográficas de Geertz. En efecto, la crítica que se le puede formular a Geertz es su ambigüedad en este punto: sin duda, al pretender alcanzar una descripción densa, “desentrañante”, el etnógrafo —siguiendo la distinción weberiana— no va en pos de la construcción de estructuras de sentido objetivamente válidas sino en pos de la identificación de las estructuras mentadas de significación. Una descripción genuinamente densa, i.e.: vinculante, no puede ser otra cosa que una descripción del sentido mentado. Descifrar sistemas simbólicos sería, desde esta perspectiva, más una tarea que se asemeja a la idea de desentrañar que a la idea de reconstruir. El proceso de descifrar en sentido de una estructura equivaldría a revelar el significado “doméstico”, intestino, que le es propio. Descifrar no es, desde esta perspectiva,

lo mismo que interpretar. Se encuentra a mitad de camino entre el explicar y el interpretar. La interpretación se elabora conforme a valores teóricamente aceptados como objetivamente válidos por la tipicidad que representan. Parecería, en cambio, que el descifrar se ejecuta de acuerdo con criterios exclusivamente dados por la misma estructura semiológica compartida por los actores. Uno no “interpreta” un mensaje cifrado, un texto en clave: simplemente se descifra y si no, no hay comprensión. Sólo esta última operación puede legítimamente considerarse como “una interpretación densa”. Interpretaciones que aspiran a obtener el estatuto de genuinamente densas son, por ejemplo, aquellas que pertenecen al terreno del psicoanálisis. No creo, pues, que podamos aspirar a adentrarnos cabalmente en el “conocimiento local” si no superamos antes las limitaciones que plantea toda descripción densa tal como Geertz la concibe.

Fernando Uricoechea.